El laberinto nazi.indd 1 10/03/13 22:27

El laberinto nazi.indd 2 10/03/13 22:27

El laberinto nazi

El laberinto nazi.indd 3 10/03/13 22:27

melusina [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

Necropolítica
Achille Mbembe

Cómo expropiar a los bancos
Núria Güell (coord.)

Guerra y revolución
Karl Marx

Carcelona
Marc Caellas

El judío errante ya ha llegado
Albert Londres

Sociedad y barbarie
Ignacio Castro Rey

El Holocausto y la cultura de masas
Álvaro Lozano

Álvaro Lozano

El laberinto nazi

melusina [sic]

El laberinto nazi.indd 5 10/03/13 22:27

© Álvaro Lozano, 2013
© De la presente edición : Editorial Melusina, S.L.
www.melusina.com
Primera edición, 2013
Reservados todos los derechos de esta edición

Depósito legal: TF-133-2013
ISBN-13: 978-84-15373-10-0

Impresión: Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España

Hitler generó en el liderazgo político de Alemania
la mayor confusión que haya existido jamás
en un Estado civilizado.

Otto Dietrich,
Secretario de Prensa del Führer

El laberinto nazi.indd 7 10/03/13 22:27

El laberinto nazi.indd 8 10/03/13 22:27

Introducción

CUANDO EL 8 DE ENERO DE 1939 el tren especial de Adolf Hitler llegó a Berlín desde su residencia alpina del Berghof, la capital se encontraba aturdida y expectante. Era un día despejado y luminoso, con el gélido aire que caracteriza los inviernos de Europa central. En el mayor de los parques de la capital, el Tiergarten, los berlineses patinaban sobre los lagos helados intentando divertirse un poco tras días de fuerte tensión. Las calles mostraban aún huellas de la terrible noche del 9 de noviembre, apenas dos meses antes, cuando nazis embrutecidos habían desatado una orgía de terror contra los judíos por toda Alemania, el primer pogromo en el país desde la Edad Media, denominado la «Noche de los Cristales Rotos» por la cantidad de escaparates destrozados. De acuerdo con las cifras oficiales, murieron 91 judíos y 814 tiendas fueron destruidas, además de 191 sinagogas.

Los cristales habían sido barridos de las calles y los muertos enterrados, pero las cicatrices eran aún visibles en la capital. Sin embargo, aquel día

la mente de Hitler estaba centrada en un asunto muy diferente. A finales de enero de 1938, había ordenado a su joven y prometedor arquitecto, Albert Speer, que construyera una nueva cancillería junto a la ya existente que él definía como propia de una «compañía de jabón». Hitler otorgó a Speer un poder ilimitado y le concedió toda la Voss Strasse, desde Wilhelmsplazt. No debía preocuparse por el costo si el resultado era lo suficientemente majestuoso. Sin embargo, contaba con tan sólo doce meses, pues el edificio tenía que estar finalizado el 9 de enero de 1939.

Speer describiría en sus memorias la excitación que sintió Hitler ese día de enero imaginándose que encontraría el lugar repleto de albañiles dando los últimos retoques al edificio, retirando andamios, limpiando el polvo, desenrollando alfombras, colgando cuadros y moviéndose por el lugar como hormigas enloquecidas. Sin embargo, lo que presenció le dejó estupefacto: no había ni un solo trabajador en el lugar. Todo estaba en su sitio. Cuatro mil quinientos obreros habían trabajado en dos turnos para cumplir los plazos fijados.

Impresionado, Hitler descubrió que Speer había finalizado el edificio cuarenta y ocho horas antes de la «imposible» fecha de entrega. Con enorme satisfacción se paseó por los salones de mármol, inspeccionando todo el proyecto. En su momento, advirtió a su arquitecto: «Necesito enormes salones

que causen una impresión indeleble en la gente, en particular, en los pequeños dignatarios». Todo en el gran edificio era desmesurado. El conjunto consistía en una sucesión de salas revestidas con una interminable variación de materiales y colores, que en total alcanzaba los 220 metros de longitud. La fachada de estuco amarillo y piedra gris discurría a lo largo de la Voss Strasse. Enormes columnas de piedra enmarcaban la puerta principal donde los visitantes pasaban a través de un gran portal al patio de honor. Una escalera exterior conducía a una sala de recepción en la que se abrían unas puertas de casi cinco metros de altura, que daban a un vestíbulo revestido de mosaicos grises y dorados. Flanqueando las puertas se encontraban unas imponentes águilas doradas, cada una de las cuales sujetaba en sus garras una esvástica.

Desde la Sala de Mosaicos, una escalera conducía a una cámara circular de altos techos coronada por una cúpula, y, desde ahí, el visitante entraba en la magnifica galería de pilares de mármol rojo. Con sus 146 metros, la Galería de Mármol era el doble de tamaño que el Salón de los Espejos de Versalles, dato que colmaba de orgullo a Hitler: «Durante el largo recorrido desde la entrada hasta la sala de recepción» afirmó, «tendrán tiempo para captar algo del poder y la grandeza del Reich.» Speer tenía reparos respecto al suelo pulido de mármol y había querido cubrirlo con

una alfombra. Hitler se negó en rotundo: «Es perfecto. Deben moverse como diplomáticos, pero sobre un suelo resbaladizo.» Le gustó especialmente la marquetería de su escritorio, que representaba una espada a medio desenvainar: «Bien, bien. Cuando lo vean los diplomáticos que estén sentados frente a mí en esta mesa, aprenderán a temblar y a estremecerse.»

Todo había sido ejecutado sin problemas, excepto por un pequeño accidente. Unos días antes de completar la obra, un busto de mármol de Bismarck se cayó durante el traslado abriéndose una brecha. Speer consideró que se trataba de un mal presagio. Como, además, un día había oído a Hitler relatar que el águila del Reich que coronaba el edificio de correos se había desplomado al inicio de la primera guerra mundial, Speer le ocultó aquella desdicha y le pidió al escultor Arno Becker que realizara una copia exacta, a la que se le aplicó una ligera pátina utilizando té. El engaño funcionó. Hitler ignoraba los malos augurios cuando finalmente inauguró el nuevo edificio el 12 de enero de 1939, recibiendo en la gran sala a los diplomáticos acreditados en Berlín para la recepción del año nuevo.

Junto a la ventana del despacho había una gran mesa que, con el tiempo, adquiriría una importancia fundamental. Formada por una pesada losa de mármol, al principio no tenía finalidad

alguna. Sin embargo, a partir de 1944, en torno a ella se celebraron las reuniones para analizar la situación militar y los mapas del Estado mayor que se desplegarían señalarían el rápido avance de los enemigos de Alemania hacia el territorio del Reich. Allí mantuvo Hitler su última reunión militar sobre tierra, la siguiente se celebraría a 150 metros de allí, bajo toneladas de hormigón en un búnker entre las ruinas de Berlín.

A pesar de la grandiosidad de la Cancillería, durante los años de paz Hitler apenas trabajaría en su amplio despacho. Durante la guerra, en particular a partir del inicio del conflicto con la URSS, Hitler se alejaría progresivamente de Berlín y del centro administrativo del Reich. En el extranjero, Berlín era percibida de forma errónea como el centro del poder nazi. Con la toma de Berlín, la bandera roja fue izada en el Reichstag, símbolo inexacto para los soviéticos del poder nazi, pues Stalin desconocía la nula importancia que tenía dicha institución en el régimen antidemocrático de Hitler. En realidad, durante los doce años del nazismo, muy pocos conocían cómo funcionaba el sistema político implantado por Hitler. Tras la guerra, la conveniente versión de un sistema controlado hasta el mínimo detalle por el Führer, Adolf Hitler, resultaba útil. Nadie dudaba de que Hitler era «dueño y señor» en el Tercer Reich. Sin embargo, a medida que se fue profundizando en

la investigación del Tercer Reich se comprobó que esa visión tan conveniente ni era tan sencilla ni se ajustaba a la realidad.

El progresivo deterioro de la maquinaria gubernamental centralizada durante el régimen nazi, unido al estilo absolutamente antiburocrático del gobierno de Hitler, dejó tras de sí un enorme vacío en la documentación relativa a la toma de decisiones en el seno del Estado. La enorme cantidad de documentos que generó el Tercer Reich no implicaba, por tanto, a la persona de Adolf Hitler. Resulta casi imposible saber a ciencia cierta qué documentos llegaban a sus manos, y más aún, si los llegaba a leer. Como dictador Hitler permanece así, en gran parte, inaccesible para el historiador, escondido tras el silencio de las fuentes. Como consecuencia de ello, resulta imposible eludir los conflictos de interpretación sobre el papel de Hitler en el sistema nazi, conflictos que en base a la evidencia disponible, son irresolubles.

En realidad, la idea de Hitler como dictador omnipotente resultó muy útil tras la guerra, ya que el Führer servía de «esponja» para absorber toda la culpa de la barbarie nazi. Ocho millones de alemanes se habían afiliado al partido nazi y, ante tales cifras, los aliados se vieron obligados a renunciar por completo al concepto de «responsabilidad colectiva». Pero ¿cuáles eran las claves del laberinto institucional nazi?